

«¿Celebraste el asesinato de mi marido?»

Desde mayo hasta hoy, 10 víctimas de ETA han tenido un cara a cara en privado con otros tantos terroristas presos

PEDRO SIMÓN

Nanclares de la Oca (Álava)

Cuando el terrorista entra en la sala para el encuentro, la víctima de ETA lo recibe de pie.

Uno y otro se sientan luego frente a frente, en ocasiones sin mesa separadora de por medio. Apenas hay un metro de distancia entre la mujer que no olvida y el asesino que

le reventó la cabeza a su esposo.

Antes de empezar a hablar ya coinciden en una cosa: los dos tienen las manos sudadas. Se dan cuenta cuando se las estrechan.

En tres horas de cara a cara, hay lugar para confrontar fantasmas.

—Tú me robaste la adolescencia. ¿Quieres saber cómo me quedé yo cuando matásteis a mi padre?

—Sí.
(Silencio)
—Pues ahora te cuento yo... No sólo lo matásteis a él. Sino que me vaciasteis entero... Yo era alegre y ahora soy una persona triste. Yo era vital y ahora vivo sin fuerzas... Yo ya no soy yo. Soy otro. Y te digo una cosa...
—¿Qué...?
—Que no me gusto.

En tres horas de conversación, hay espacio para ajustar cuentas.

—Prefiero ser hija de asesinado que madre de asesino.

En tres horas de respuestas, caben todas las preguntas.

—Respóndeme con sinceridad. No es por morbo. ¿Celebraste el asesinato de mi marido?

—Sí.
—¿Y estás orgulloso?

EL MUNDO ha tenido la oportunidad de conversar con uno de los mediadores penales que estuvo en ocho de las 10 citas confidenciales habidas hasta la fecha entre terroristas y víctimas de ETA, bajo el denominado programa de encuentros

restaurativos autorizado por el anterior Ministerio del Interior. La única condición es preservar el anonimato de los interlocutores de uno y otro lado y también el suyo propio. Ésta es la historia de una experiencia única por la que han pasado ya un secuestrado, dos viudas, cinco hijos de otros tantos asesinados, un herido y el hermano de un muerto.

«A unos y otros les preparamos durante meses y la cita es al final. Víctima y terrorista se dicen *hola*. Les presentamos. Se dan la mano. El recluso suele empezar con la mirada gacha. La primera que habla es la víctima, que es la que obviamente tiene la posición de dominio moral; empieza planteándole infinidad de cuestiones. Están reunidos hasta tres horas horas», señala. «Les preguntamos antes de la cita por el grado de nerviosismo. Tres presos nos comentaron curiosamente lo mismo: que estaban igual de nerviosos que el día de cometer un atentado».

El programa se fraguó después de que un grupo muy determinado

de presos de Nanclares de la Oca (Álava) le hiciera saber al director de la cárcel su deseo de conocer a personas que hayan sufrido la barbarie de ETA. Interior dio el visto bueno y la Oficina de Atención a las Víctimas del Terrorismo del Gobierno vasco puso a trabajar a un

Los 'encuentros restaurativos' duran horas y tienen como fin reconocer el daño

equipo de mediadores penales que allanó el camino y facilitó los encuentros, la mayoría de ellos en la propia prisión. Los cuatro primeros fueron en mayo de 2011. Un quinto cara a cara tuvo lugar en julio. En noviembre hubo cuatro más. El décimo y último de los encuentros es del pasado 11 de enero.

Sigue en **página 11**



Mari Carmen Hernández, viuda de Jesús Mari Pedrosa, concejal del PP en Durango (Vizcaya) asesinado por ETA en 2000. / CARLOS GARCÍA POZO

MARÍA DEL CARMEN HERNÁNDEZ

«Me dijo que no podía dormir»

La viuda de Pedrosa (PP) habla de su cita por primera vez: «Le conté mi triste historia»

P. S. / Bilbao
Después de toda una vida en el pueblo —desollándose las rodillas de crío o chateando con la cuadrilla de mayor—, el concejal del PP Jesús Mari Pedrosa había dejado dicha una frase lapidaria y premonitoria. Fue durante aquellos dos años antes de que lo asesinaran en que había salva de fusilería, un día tras otro, a la puerta de su casa: «No sé si iré al cielo o al infierno. Una cosa sé: vaya donde vaya, lo haré desde Durango».

Desde Durango se fue. Lo hallaron muerto el 4 de junio de 2000. Eran las 13.30 horas y Mari Carmen estaba haciendo una sopa que se quedó helada cuando puso la radio.

Una persona muerta. De un tiro en la nuca. Justo por donde él volvía. Era Jesús Mari seguro. Desde Durango se fue.

Fue una de las cosas que le dijo la viuda al terrorista que tenía delante y que hizo que se removiera en el asiento como un niño al que le cuesta tragar el puré.

—Lo que más siento es no tener a mi compañerito del alma conmigo; que ahora me falte.

Más tarde vendría el momento en que ella, la víctima, le descerrajó un abrazo al ex etarra.

«A mí lo que me mueve es mi fe. Soy muy devota del Sagrado Corazón de Jesús. Pensé: 'Ese chico ha si-

do muy malo. Si ahora quiere ser bueno, le tengo que ayudar'. Le dije: 'Con esa carita, nadie diría que tienes el haber que tienes'. Gracias a mí fe, el odio no está en mí. Puedo haber sentido rabia, impotencia, puedo haberme hecho preguntas sin respuesta... Pero odiar, no».

El terrorista no era el violador Matthew que interpretara Sean Penn en *Pena de muerte* ni Mari Carmen era la religiosa Helen de la película, pero hubo algo en la escena aquella del abrazo que trascendió la realidad e invitaba a frotarse los ojos.

Lo protagonizó Mari Carmen Hernández, que lo cuenta por primera vez y sabe del oprobio como pocos.

Mejor que nadie se lo dijo una señora del pueblo: «Ahora le han matado, antes no le dejaron vivir».

Salía de casa y la escalera estaba empapelada de dianas. Bajaba a la calle y había una pintada en el portal: «Serás el próximo». Llegaba el recreo en el instituto de enfrente y le venían todos los adolescentes a la puerta con pancartas de presos. Cuando le dispararon en la nuca, la calle estaba llena de gente.

Con toda esta carga fue Carmen a su encuentro con el terrorista. Dejó el fardo en la puerta. Allí quedó.

«Me sorprendió lo joven que era. Como una de mis hijas. Le conté mi triste historia, él me contó la suya...

El origen de una iniciativa única

>Se eligió a un especialista en mediación para acudir al requerimiento de determinados presos de Nanclares que querían ver a víctimas. El especialista se reunió a solas con 24 terroristas. Tras aquel encuentro de horas, seis internos se apuntaron al programa confidencial.

>Un equipo de la Oficina de Atención a las Víctimas del Terrorismo del Gobierno vasco citó paralelamente en San Sebastián a seis víctimas con el perfil adecuado para explicarles la iniciativa. Cuatro aceptaron al instante. A dos no les dejaron los hijos. En una reunión posterior, otros cuatro dieron el sí.

Me preguntó por cómo lo habíamos vivido. Le dije que en mi cabeza no entraba cómo se podía asesinar. Me contestó que en aquel entonces era un objeto... Nunca había estado con una víctima», narra. «Le pregunté por qué se sentaba frente a mí. Me dijo que quería pedir perdón, mostró un profundo arrepentimiento. Me habló de que algún día tendría que contárselo a sus hijos, que no podía dormir. Le pareció increíble que no fuera dura con él».

«Estoy a favor de hablar, otra cosa es negociar», explica. «Toda esta gente irá saliendo. Si salen arrepentidos, mejor. Sin más odios... ETA tiene que disolverse, los presos tienen que cumplir sus condenas. Pero ¿qué tiene esto de malo? Al que te pide perdón de verdad hay que escucharlo. Eso me enseñó mi fe».

Casi 12 años después, la viuda continúa yendo una vez al mes al psicólogo. La hija mayor aplaudió su encuentro con el ex etarra. La pequeña se lo reprochó. Y allí sigue el otro Durango, el de siempre, con sus imágenes de los presos ondeando como viento helado al bies. «Dice la alcaldesa que esas fotos no hacen daño a nadie. A mí sí».

Es curioso verlo escrito: dice Mari Carmen que el abrazo aquel que recibió el terrorista le desarmó.

